

En Delfos, la voz del poeta se vuelve más pura, si es posible. Las odas píticas ensalzarán la música, "que los malvados detestan", y celebrarán el triunfo de la lira y del canto. Sus invocaciones a la paz corren juntas con sus alabanzas a los héroes pacíficos: "¡Oh, hijo de Saturno! Yo te lo suplico: ordena a los fenicios y a los toscanos impetuosos que permanezcan tranquilos en sus moradas". Su musa no se aparta de los altares; cada verso es un precepto de sabiduría. Habla a los reyes con un lenguaje lleno de dulce consejo. A Hierón le dice: "No escuches a los aduladores". A Argesilao de Cirene le impetra clemencia para con Demófilo, el agitador desterrado, ya que "el marinero modifica las velas cuando el viento se calma". Alecciona a Aristónes y le persuade de que la moderación es la hija de la justicia: "El hombre no vive sino un día. ¿Qué es? ¿Qué no es? No es nada más que la sombra de un sueño"...

Otro tanto cabría verificar en los cantos nemeos e ístmicos. Una sola es la fragancia de la ofrenda pindárica a los números de la paz, en el gajo de oliva del certamen olímpico, en la rama de encina de los juegos píticos, en la corona de apio de los triunfos nemeos o en el ramo de pino del santuario ístmico de Poseidón.

¿Cuán lejos andaríamos de la verdad, si por llamar heroicas a las odas de Píndaro, como es lo habitual, les adjudicásemos un acento épico! No lo tienen. Pero sepamos de una vez, sin embargo, que sin esta previa pacificación de la Grecia, admirablemente iniciada por Píndaro, no hubiera sido hacedera la resistencia ulterior contra el persa. No era un utopista de la paz universal el poeta de las odas; pero sentía como nadie la necesidad urgentísima de la unidad helénica. Acaso en esto no era más—hombre de los santuarios, al fin—que uno de tantos agentes de Delfos, en la gran obra. Los sacerdotes de Apolo sabían muy bien que era cosa resuelta en el Asia la invasión de la Grecia, de antemano deshecha por las contiendas intestinas. Sólo un potente espíritu pacificador la salvaría. Y he ahí a Píndaro, desde los veinte años, cantando las proezas de los juegos píticos, pacifista como el que más, pero pacifista de una paz previsoras y valiente. De ahí que le fuese tan fácil salvar su nombre y su fama comprometidos en la acusación consabida de haber traicionado la causa griega por sustentar la neutralidad de Tebas en el conflicto. Aristócrata y sacerdotal—noble dos veces—no había por dónde sospecharlo de mal amigo de Atenas...

Y bien. No conozco nada tan parecido a lo que en Grecia se podía llamar patriotismo anfictiónico o pindárico; nada tan repetidamente igual como lo que hoy se llama patriotismo americano. Casi son de repetirse al pie de la letra las palabras de Herodoto: "Somos de la misma sangre, hablamos la misma lengua, tenemos los mismos dioses, los mismos santuarios, iguales sacrificios y usos iguales". Bolívar—hombre de la realidad, todo entero—tuvo el ensueño de una confederación de estos pueblos. Y no es que careciera del sentido de las muchas patrias de América. Él será quien diga enérgicamente en el Perú, declinando la investidura dictatorial: "Yo soy un extranjero; he venido a auxiliar como guerrero y no a mandar como político... Un forastero no puede ser el órgano de la representación nacional. Es

un intruso..." Esto en 1825. ¿Qué pensar? Por algún lado debe ser factible, y en alguna medida, el ensueño anfictiónico para que un genio militar como aquél formulase tantas veces la idea.

Por lo demás, este llamado ensueño bolivariano va y vuelve por el continente a lo largo de muchos años. Desaparece y se rehace. Preocupa a los gobiernos y agita a la opinión pública. Ya es una nación, ya es otra la que levanta la antorcha. Se invoca la identidad de principios. Se proclama la comunidad de intereses. El ensueño bolivariano es una constante invitación al destino. Se quiere una alianza a perpetuidad, una liga defensiva. Los diplomáticos se reúnen más de una vez y conversan concretamente sobre los auxilios que han de prestarse estas repúblicas en caso de guerra extranjera. Dos cosas parecen por lo menos asequibles: cortar las desavenencias de fronteras y dar las bases de un derecho público americano para uso de estas naciones. En 1822, en 1824, en 1826, en 1834, en 1840, en 1844, en 1847, en 1856, en 1864, como obedeciendo a un ritmo, se abre sobre América el gran relámpago de esta esperanza en una anfictiónia continental. Don Andrés Bello, que en el primer momento lo hallara hermoso pero ilusorio, llega a creerlo practicable. Y lo cierto es que en cada una de aquellas oportunidades América se pronuncia unánime por una liga permanente. Y acaso este ideal hubiera seguido llamando a las puertas de una América unida, de no sobrevenir la desorientación de las cancillerías con ese gran chasco de la política panamericana, organizada desde Washington.

Conduela considerar la verdad. Pasada la gesta emancipadora, América flota sobre el mar de la historia como un continente de corcho. Estando todo hecho para la unión, todo se condiciona para la desunión. Se con-

suman atentados mortales contra esta o aquella nación, y si América se salva por esas aguas del siglo XIX, es solamente porque Dios es grande.

Entretanto, si de alguna manera es realizable el viejo ensueño anfictiónico, no son los gobiernos sino los pueblos quienes lo sacarán con bien. Waldo Frank ha dicho—¿qué magnífico talento el de este muchacho de cuarenta años!—que la verdadera América está por ser creada como una obra de belleza. Cuando él dice esto, yo estoy pensando en los juegos antiguos. Juegos y certámenes a la manera helénica, y solamente esto, propondría yo. Así nos haremos más unidos y más fuertes como quienes solamente jugasen; como quienes solamente se reuniesen a contarse las entrañables tradiciones. Pienso en ese fondo folklórico lleno de sugestión de nuestras canciones campesinas. Pienso en los cantos y en las danzas de América y en el común parentesco de todas ellas.

Juegos comunes y no arduas meditaciones hacen la estrecha solidaridad de los hermanos. Con análogo espíritu debemos reunirnos y conocernos. Pero no nos engañemos con la ubicuidad radiográfica ni con esa otra, bien vana, del cinematógrafo. He ahí dos grandes mentiras contemporáneas. Dos rondas falsificaciones. La presencia efectiva del hombre—no la proyección fantasmagórica de su silueta o de su voz—es lo que vale; salvo que se trate de la proyección espiritual en la obra artística, y particularmente del libro.

Creemos que puede mostrarse un día a la faz de la tierra una América pindárica. ¿Por qué no, si Grecia vive todavía en nosotros? Hay grandes espacios para la esperanza. Como anunciando maravillosas posibilidades, Bolívar llamaba al nuevo mundo con palabra más honda y más vasta: universo nuevo.

Arturo Capdevila

Estampas

Hay que sustraerse a la voracidad de la Bananera Que no se imponga una vez más el instinto.

(Envío del autor.)

Bien, el país tiene ya un proyecto de contrato bananero, de contrato para que la United Fruit Co. continúe explotando la industria del banano por espacio de veinte años más. Aquí pararon las actividades de prensa iniciadas por la Bananera apenas tuvo delante una ley previsoras y justa que la obligaba a dar trato diferente al país. Para evitar esa ley, la Bananera se atrincheró y dió la batalla empleando todos los recursos innumerados de que dispone. El arma de mayor ruido disparada a diario fué la resolución inquebrantable de la Bananera de abandonar esta división si tal ley era promulgada. Sus augures no se cansaban de vocearlo y nos reservaban para después el llanto y el crujir de dientes.

La ley vino a nuestro mundo en medio del contento público y cuando aguardábamos la emigración profetizada lo que vimos surgir fué una campaña recia y sistemática contra esa ley. Calculadamente la han presentado los legionarios de la Bananera como la fuerza satánica

que ha producido la angustia económica que la nación padece. La pobre ley no ha tenido vigencia alguna y el vocerío de la Bananera la tiene acorralada y moribunda. Contra ella ha organizado la Bananera comités y subcomités, comisiones y subcomisiones, plumas y lápices, brújulas y brujuleos. Contra los hombres que la dieron y la apoyaron han caído iguales denuestos.

Se ha oído la petición irritada del hotelero, del hostelero, del taquillero, del zapatero, del buhonero, exigiendo un pronto arreglo de «la cuestión bananera». Son, sin duda, voces a las cuales hay que escuchar, pero sin pensar que de ellas ha de depender nunca el rumbo que la nación tiene la obligación sagrada de darle al problema del dominio de la United Fruit Co. Esas gentes de significación mínima y las de significación máxima que a la cabeza de ellas corean los designios de la Bananera, tienen un sentido limitadísimo de lo que es la patria. Las más de ellas son espí-